

“Contar a otros dónde hay pan”.

Aspectos de una espiritualidad misionera

Giancarlo Collet

Profesor emérito de misionología

Facultad de teología católica de Münster

Münster, Alemania

Hace más de treinta años, el Consejo General de los Misioneros de Guadalupe tomó la decisión de crear la carrera de misionología. La finalidad era ofrecer la formación necesaria para que estos estudios tuvieran reconocimiento universitario. Al preguntarme el Consejo General si yo estaría dispuesto a colaborar con este proyecto, después de consultarlo con mi esposa, di una respuesta afirmativa.

El entonces Superior General, el P. Rodolfo Navarro, sugirió un método seguro y rápido para hacer llegar dos pequeños paquetes con libros a la casa-procura de los Misioneros de Guadalupe, en Los Ángeles (EE. UU.). Así lo hice. Inmediatamente, preparé los dos pequeños paquetes con aquellos libros indispensables para la realización del proyecto, que al mismo tiempo me servirían como “alimento” para sobrevivir en mi vida académica. Sin embargo, los paquetes nunca llegaron, a pesar de que esa vía era más segura que el servicio ordinario de correos.

Un padre de la pequeña comunidad de los misioneros (Córdoba 17, Colonia Roma), cuyo nombre no recuerdo, me sugirió visitar las dos grandes librerías que ofrecían libros de teología —la *Librería Gandhi* y la *Librería parroquia de Clavería*. En ellas encontré “el pan”, que alimentó mi mente y mi espíritu. De esto, precisamente, tratan las siguientes páginas, inspiradas en aquella experiencia tenida en México.

1. Andar por su camino: el discipulado

El cristianismo, si quiere ser fiel a su origen, debe remitirse a Jesucristo. En el núcleo esencial de cada cristología se encuentra una historia, cuya compren-

sión supone recorrer su camino: el discipulado. Los obispos latinoamericanos, reunidos en Aparecida (Brasil), en la quinta asamblea general del Celam, declararon que

La naturaleza misma del cristianismo consiste [...] en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo. Ésa fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que, encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les hablaba, el modo cómo los trataba, correspondiendo al hambre y sed de vida que había en sus corazones¹.

Esta conclusión de los obispos plantea la cuestión sobre cómo llegar a encontrar a Jesús en la sociedad contemporánea. ¿Qué posibilita esa experiencia, una experiencia digna de ser transmitida, y en qué consiste? Estas preguntas tematizan el problema básico de la misión, una cuestión fundamental para la existencia y la espiritualidad misionera. Se trata de la transmisión de la fe y la esperanza en el Dios que marca nuestra vida y la contiene, una realidad que frecuentemente nosotros mismos solo tenemos a medias.

2. El camino de seguimiento de Jesús

Los cristianos son aquellos que se esfuerzan por vivir como seguidores de Jesús, confiados en la promesa del evangelio, cuya palabra es verdad para ellos y para todos los seres humanos. Por esa razón, cuando actúan como misioneros, invitan a otros a seguir juntos ese camino. La certeza de que vale la pena recorrerlo no nace de una verdad poseída de antemano en su totalidad, que ellos, a su vez, “entregan” a otros. Más bien, recorren ese camino, convencidos de que se fortalecen mientras siguen los pasos de Jesucristo (1 Pe 2,21), el acceso a la plenitud humana con y por Dios. De esa manera, abren espacio para que el reinado de Dios y su justicia crezcan. Jesús es, pues, *el* camino. El conocimiento de esa verdad siempre es incompleto (1 Cor 13,9). Equivale a una práctica testimonial de gratitud (1 Jn 1,1ss.). La verdad sigue dándose a conocer a los compañeros de camino, que se esfuerzan por buscarla (Lc 24,13ss.). Al igual que los discípulos de Emaús, que caminan perplejos y tristes, reciben el entendimiento como un don, al caminar junto a Jesús, a quien escuchan con el corazón abierto.

Los cristianos son aquellos que se han tomado el camino de Jesús para encontrar la verdad a lo largo de su recorrido, dejándose guiar por su Espíritu. Al caminar tras las huellas del Crucificado, escuchan de nuevo la verdad de la vida y encuentran la certeza de que Dios se revela como un compañero de camino fiable e incondicional (*Emanuel*). La verdad puede revelar, si hay apertura al Espíritu de Dios, que Él es el camino a la vida (Jn 14,6). En consecuencia, ellos

1. V Asamblea General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, 2007. Documento Conclusivo (N° 244).

también pueden convertirse en testigos de la verdad de ese camino. Aquel que se deja impregnar por esa verdad, de tal manera que se atreve a ir más allá, puede dar testimonio de sus vivencias y defender argumentativamente el camino, aun cuando no pueda responder del todo, de alcanzar la meta.

3. Límites y posibilidades de transmisión de fe cristiana

Narrar la fe a otros y compartirla con ellos tiene límites, si se hace desde la razón, porque esta parte de presupuestos que se pueden presentar, pero no alcanzar. Blaise Pascal decía que “el corazón tiene razones que la razón no conoce”². Así, pues, cualquier argumentación racional sobre cuestiones de fe es limitada. Además, la verdad de la fe cristiana es eminentemente *práctica*. Por lo tanto, su transmisión siempre está vinculada a una determinada *praxis*. La fe en la Verdad expresada en el evangelio no puede ser “fabricada” o “producida”, sino solo “representada”, mediante el testimonio de vida de quienes la transmiten³. Por la misma razón, pero en sentido inverso, el fracaso personal y comunitario de los creyentes “desfigura” la verdad evangélica e imposibilita la transmisión de su promesa.

La fe cristiana proviene de la escucha de la Palabra de Cristo. Según Pablo, “la fe nace de la predicación y el mensaje llega por disposición de Cristo” (Rom 10,17). El llegar a ser cristiano y vivir como tal es una vivencia comunitaria, tanto por lo que toca al crecimiento de la fe como para su experiencia cotidiana. “Solo puedo consentir en materia de fe al recibirla... si yo mismo la inventara o la produjera arbitrariamente, ya no sería fe, porque esta proviene únicamente de la escucha”⁴.

Si la enseñanza religiosa es malinterpretada como información sobre la *fe*, no se comprende correctamente la importancia del testimonio cristiano. La posibilidad y la eficacia del testimonio no debe ser sobreestimada, ni subestimada. La comunicación de la fe no consiste en inducir en otros la propia fe con la idea de convertirlos. Esta tarea corresponde solo a Dios, pues es un regalo de su gracia. Ahora bien, esto no implica desistir de nuestras convicciones, *guardar silencio y permanecer pasivos*, porque Dios ya hace bastante. Aquel que ha sido llamado por el evangelio y ha sido “tocado” por Jesús queda tan “fascinado” que desea comunicar a otros lo que vive. En esto, el testigo es de suma importancia⁵.

2. B. Pascal, *Über die Religion und über einige andere Gegenstände (Pensées)*, p. 141 (277) (Heidelberg, 1972).

3. T. Pröpper, *Erlösungsglaube und Freiheitsgeschichte. Eine Skizze zur Soteriologie*, pp. 220 y ss. (München, 1988).

4. G. Fuchs, “Der Glaube kommt vom Hören. Christsein als bestimmte kommunikative Praxis“, *Religionsunterricht an höheren Schulen*, 26 (1983), 73-78, 73.

5. J. P. Jossua, *La condition du témoin*, pp. 75 y ss. (Paris, 1984).

Una plegaria anónima de la baja edad media expresa esta realidad, de la siguiente manera.

Dios solo tiene nuestras manos para obrar hoy en día. Solo tiene nuestros pies para acompañar a la gente en su camino. Solo tiene nuestros labios para hablar de él en la actualidad. Solo cuenta con nuestra ayuda para llevar a la gente a su lado⁶.

Jon Sobrino, cuyas obras adquirí en las librerías antes mencionadas, también expresa lo dicho, con su lenguaje típico.

[S]on los pobres con espíritu —creyentes que en la realidad de su vida muestran el espíritu de misericordia—, traducido por justicia hacia las mayorías populares, espíritu de corazón limpio, de la verdad, de ver, analizar, denunciar y desenmascarar la realidad como es, espíritu de paz, paz activa por la que hay que luchar y no sólo rezar o esperar con los brazos cruzados, espíritu de fortaleza para mantenerse en los numerosos riesgos, amenazas y ataques que origina la lucha por la justicia, espíritu de gozo, porque en la persecución se parece un poco más a Jesús, espíritu del mayor amor por entregar la vida por los hermanos, espíritu de gratuidad, de haber recibido de Dios —muchas veces del Dios escondido en los pobres— oídos nuevos para escuchar su palabra, ojos nuevos para ver la realidad, pies nuevos para recorrer nuevos caminos y manos nuevas para transformarla, espíritu de oración, de llamar a Dios “Padre”, y espíritu de celebración al llamarlo, como Jesús, Padre “nuestro”⁷.

En nuestra búsqueda del “pan de vida”, que sacia nuestra hambre, nos encontramos con Jesús en el camino y él suscita el deseo de narrar nuestra experiencia a los demás. La verdad del evangelio solo aparece en el discipulado.

-
6. Para profundizar en la relación implícita entre la gratuidad de la fe y la práctica de la fe, ver J. Sobrino, “Centralidad del reino de Dios en la teología de la liberación”, en I. Ellacuría y J. Sobrino (eds.), *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, I, pp. 467-510, 500 (Madrid, 1990). “La gratuidad para nada exime de la práctica. Lo que hace la fe cristiana es proclamar dónde está la iniciativa y qué significa para la práctica que esté en Dios. Significa que la práctica debe ser hecha no con *hybris* sino con agradecimiento, que la primera práctica de Dios, su amor sin condiciones previas, muestra cómo hay que llevar a cabo la práctica histórica y cómo capacita para ella. El misterio de Dios que ‘nos creó creadores’ (Bergson), en el acto suyo más gratuito, nos dejó su impronta de ser, análogamente, como él, de ser con otros como él ha sido con nosotros, de hacer con otros lo que él ha hecho con nosotros, y de hacer con otros como él ha hecho con nosotros”.
 7. J. Sobrino, “Comunión, conflicto y solidaridad eclesial”, en *Mysterium liberationis*, o. c., II, pp. 217-243, 224.

Nunca es nuestra propiedad como para poder cambiarla o combinarla con otra, según nuestras conveniencias. Solo se queda con nosotros, si comenzamos el día con ella, si escuchamos su voz en nuestra realidad actual y si somos sus alumnos, siempre aprendiendo de nuevo. La tenemos ahí siempre, mientras ella nos tiene y nos atrae hacia su reino⁸.

Daniel Thambirajah Niles, teólogo indio, se refiere a este acontecer paradójico —permanecer con los otros en la búsqueda del “pan de vida”, al mismo tiempo que sé dónde encontrarlo— como “mendigar al mismo tiempo que indico a otro mendigo dónde encontrar pan”⁹.

4. El testimonio como práctica comunicativa

En la comunicación de la fe es fundamental expresarnos verbalmente y practicar de manera congruente aquello de lo que estamos convencidos, aquello que conmueve lo más íntimo de nuestro ser y que no todos comparten. La primera carta de Pedro ilustra esa disposición a dar testimonio de la fe como algo “extraño al mundo”. Los “elegidos que viven fuera [...] dispersos” tienen un objetivo “como pueblo que Dios hizo suyo para proclamar sus maravillas; pues él los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable” (2,9); “ellos notarán sus buenas obras y darán gloria a Dios” (2,12). Esto exige una vida congruente, a pesar de las tribulaciones externas. El fruto es la esperanza, ya que “los que se oponen a la Palabra serán ganados sin palabras por la conducta” (3,1). Sin embargo, esto exige la disposición a dar cuenta de la propia fe: “estén dispuestos a dar una respuesta a quien les pida cuenta de su esperanza” (3,15).

El testimonio de la fe vivida es indispensable para comunicar lo proclamado. Por eso, dicho testimonio tiene una gran relevancia misionera (2 Cor 3,2s)¹⁰. Siempre estamos en deuda con el testimonio de la verdad que nos ha conmovido¹¹.

El testimonio de “la palabra de la vida” (1 Jn 1,1) es singular, porque testifica la incondicional aceptación del ser humano por parte de Dios, su sí incondicional,

8. E. Käsemann, “Evangelische Wahrheit in den Umbrüchen christlicher Theologie”, en *In der Nachfolge des gekreuzigten Nazareners. Aufsätze und Vorträge aus dem Nachlass*, pp. 25-35, 34 (Tübingen, 2005).

9. “Daniel Thambirajah Niles”, en M. H. Manser (comp.), *The Westminster Collection of Christian Quotations*, p. 96 (London-Leiden, 2001).

10. K. Lehmann y R. Schnackenburg, *Brauchen wir noch Zeugen? Die heutige Situation in der Kirche und die Antwort des Neuen Testaments* (Freiburg, 1992); A. Peter, “Christliche Präsenz als missionarisches Konzept”, *Neue Zeitschrift für Missionswissenschaft*, 54 (1998), 241-258.

11. P. Jacquemont, J. P. Jossua y B. Quelquejeu, *Le temps de la patience. Étude sur le témoignage*, pp. 132 y ss. (París, 1976).

al recurrir a Jesús de Nazaret. Este volcó a cada persona y la aceptó sin reservas. Después de su muerte, fue confirmado en ese quehacer por Dios, que lo resucitó. De esa manera, los cristianos son habilitados por él para aceptar sin reservas a todas las personas. En Jesús, Dios nos ha dicho “sí”, un “sí” que tiene en cuenta el “no” que rodea y amenaza nuestra vida. Por eso, los cristianos debemos atestiguar a los otros ese “sí” incondicional de Dios (2 Cor 1,19ss.). Se trata de ofrecer a los otros un reconocimiento que el mundo no puede dar.

Ante su muerte, nadie en el mundo puede decir *de él mismo* y por su cuenta: eres deseado y lo mereces (al menos sugestivamente y a modo de deseo). Nadie en el mundo puede decir eso, a menos que *se le diga* y lo encuentre creíble. Por eso, es exacto colocarlo en la teo-lógica del acontecimiento, cuando los creyentes llaman a *Jesús* —desde su vivencia comunicativa, en vida y muerte— *la Palabra del Dios* (a diferencia de todas las palabras del mundo). La fe viene de la escucha de esta palabra: es su propio inicio y su origen. Dios es el que deja comenzar de la nada y quien en nada de lo mundano tiene su punto de referencia¹².

La aceptación de esta palabra de Dios consiste en acogerla y conservarla con la conciencia de que ella se encuentra en medio de nosotros de forma absoluta, total y gratuita. “Si somos desleales, él permanece leal, pues no puede desmentirse a sí mismo” (2 Tim 2,13). Pero esta aceptación se encuentra en peligro a menudo y puede desilusionar, porque creer es “la esperanza contra toda esperanza” (Rom 4,18). Por eso, el miedo y la duda siempre están presentes en nuestra fe. Tal vez no todo sea verdadero. Las parábolas de contraste —la de la levadura (Mt 13,33), la del sembrador (Mc 4,3-8) y la del agricultor paciente (Mc 4,26ss.)— tematizan la duda acerca de la misión de Jesús. La práctica comunicativa de la fe supera ese miedo y también “el miedo al miedo” de ser nada y nadie. Pero el amor incondicional y el sentirse amado disipan esos miedos. “Amemos, pues, ya que él nos amó primero” (1 Jn 4,19). Esto alivia nuestra vida, porque ya no necesitamos buscarnos a nosotros mismos, pues somos amados antes de amar. Este don divino nos libera de la presión de tener que afirmarnos a nosotros mismos.

De esta manera, si la fe cristiana brota de dejarse llevar por la “palabra de vida”, por el “sí” incondicional, también llevará necesariamente a aquellas personas que han aceptado ese “sí” para dar testimonio y confesar juntas esa “palabra de vida”. Si esto no se da, tampoco se puede ser oyente de la palabra. Es contradictorio afirmar que se cree en el Dios del evangelio y guardarse esa creencia para uno mismo. En consecuencia, para el cristiano es natural dar testimonio a otros del tesoro encontrado, “una perla muy preciosa” (Mt 13,46). La fe es narrar y compartir. De esa manera, Dios llega a nosotros por medio de su evangelio, al mismo tiempo que coloca las bases para la confianza que sostiene y

12. G. Fuchs, “Der Glaube kommt vom Hören”, o. c., p. 75.

orienta nuestra vida. Esa confianza no es producto nuestro, sino que es un regalo. Es la llave de “la libertad magnífica de los hijos de Dios” (Rom 8,21; Gal 5,1).

La fe cristiana hace crecer la disposición y la capacidad para el amor incondicional, lo cual genera un nuevo tipo de fuerza. El amor no solo quita el miedo, sino que también “el miedo al miedo”. En este sentido, la fe es “liberación para la libertad” (Gal 5,1). Es una libertad para el abandono y la solidaridad desinteresada en el otro, sobre todo, si es considerado como nada o como nadie. El compromiso desinteresado con el otro y la búsqueda de su buen-vivir es transmisión de la palabra y testimonio de su aceptación personal. De este modo, se puede alcanzar una vida congruente con el evangelio, una vida que acepta sin reservas al otro y lo busca. La espiritualidad misionera requiere, por lo tanto, que el mensaje de “bondad de Dios a los hombres” (Tit 3,4) se corresponda con un comportamiento profundamente humano de parte de quienes invocan a Jesús.

El decreto *Ad gentes*, del concilio Vaticano II, dedicado a la actividad misionera de la Iglesia, se refiere a la caridad cristiana en este mismo sentido. De hecho, es una declaración a la cual se ha prestado poca atención.

La caridad cristiana se extiende a todos sin distinción de raza, condición social o religión; no espera lucro o agradecimiento alguno; pues como Dios nos amó con amor gratuito, así los fieles han de vivir preocupados por el hombre mismo, amándolo con el mismo sentimiento con que Dios lo buscó. La Iglesia se une, por medio de sus hijos, a los hombres de cualquier condición, pero especialmente con los pobres y los afligidos, a ellos se consagra gozosa. Participa en sus gozos y en sus dolores, conoce los anhelos y los enigmas de la vida, y sufre con ellos en las angustias de la muerte. A los que buscan la paz desea responderles en diálogo fraterno ofreciéndoles la paz y la luz que brotan del Evangelio (AG 12).

El decreto se puede sintetizar diciendo que si nos dejamos abrazar por el evangelio, seremos sensibles para “sentir las miserias”, es decir, ser los ojos, los oídos y las manos de quienes sufren.

La misión promueve sin violencia y sin interés el estilo de vida de Jesús, cuando los cristianos narran la bondad y la belleza de dicho estilo de vida y cuando se esfuerzan por realizar en la suya propia el “espíritu del sermón del monte”, que lo condensa. Ese estilo de vida tiene una singularidad biográfica para los cristianos. Sabe que hay

otros caminos del Espíritu y otros lenguajes de esperanza. Podemos ser misioneros, si prescindimos de la propia singularidad, aun cuando pueda lastimar nuestro narcisismo, pues la promoción de fe es desinteresada. No la realizamos con la intención de convertir a nadie a nuestra propia manera de creer, sino con el propósito de que el otro encuentre hermoso lo que amamos y lo que creemos. Si amo algo y si creo en algo, es en la naturaleza de este

amor, que demuestra públicamente lo que ama. Un amor que se esconde, no es un amor que permanece. El amor se manifiesta, tiene identidad y conoce lo que soy al demostrar lo que soy y aquello en lo que creo. Nos hacemos Iglesia al mostrarnos como iglesia¹³.

5. Iglesia misionera

La misión puede ser entendida como un intercambio comunicativo, en el cual el ser aceptado y el aceptar ocurren de manera simultánea. En ese intercambio, se puede ser aprendiz y maestro al mismo tiempo, necesitado y benefactor. Al comienzo, se habló de *missio contra gentes*; después, de *missio ad gentes*; y en la actualidad, de *missio inter gentes*. K. Barth expresó lapidariamente el acontecimiento del intercambio recíproco.

El último y más alto escalón de la humanidad lo alcanzaremos cuando podamos vernos y dejarnos ver mutuamente con gusto, cuando hablemos y nos escuchemos mutuamente con gusto y cuando recibamos ayuda y socorro con gusto¹⁴.

Este intercambio debe ser el factor constitutivo de la comunidad cristiana. Ahora bien, no debe malinterpretarse como “el calor del nido grupal”, agradablemente autorreferencial, ya que incluye a todas las personas, dada la universalidad del evangelio. Solo si la Iglesia se abre y “sale de la propia comodidad y se atreve a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del evangelio” (EG 20), podrá constituirse como una comunidad de convivencia, en fidelidad a su vocación misionera¹⁵.

En una Iglesia misionera, los cristianos aprenden el modo de asumir la realidad y la esperanza unos de otros. Aprenden juntos a ver y a escuchar, y a distinguir entre el mal y el bien, entre lo bueno y lo mejor, entre lo malo y lo peor. Asimismo, aprenden a decidir, a soportar y a preguntar por qué el mundo es como es y si existe otro mundo posible. Para esta comunidad es fundamental, según los Hechos de los apóstoles, aprender a ayudarse unos a otros y aprender a celebrar juntos (2,44ss.).

Esta práctica, que comunica el reconocimiento recíproco de una manera incondicional, se debe atestiguar a un mundo que no ofrece empatía, ni reconocimiento, a no ser como contraprestación. En la actualidad, solo se reconoce aquello que parece útil. Por eso, la muerte y la pregunta sobre el ser humano y

13. F. Steffensky, *Schwarzbrod-Spiritualität*, p. 69 (Stuttgart, 2005).

14. K. Barth, *Kirchliche Dogmatik*, III/2, p. 318 (Zollikon-Zürich, 1959).

15. T. Sundermeier, “Konvivenz als Grundstruktur ökumenischer Existenz heute“, en *Konvivenz und Differenz. Studien zu einer verstehenden Missionswissenschaft*, pp. 43-75 (Erlangen, 1995).

su destino son desplazadas. La tercera edad es negada, mientras que la juventud es idolatrada por su hermosura y su éxito. El sufrimiento parece indecoroso. Las autorrealizaciones sin propósito, como la tranquilidad, la meditación y la oración, aun cuando pueden expresar la alegría de la propia existencia, se consideran sospechosas. Lo que cuenta es el trabajo, el éxito y la carrera profesional, lo cual convierte al prójimo en un competidor, que amenaza la propia existencia.

De esa manera, la vida se transforma en una dura competencia. “Esta carrera no puede tener ninguna otra meta, ni ninguna otra gloria que no sea alcanzar el primer lugar [...] y rendirse significa morir”¹⁶. En esa carrera, la no aceptación de la dependencia de los otros, el rechazo de su cercanía y de la mutua aceptación, y el ocultamiento de la debilidad ahorran decepciones y derrotas. En cambio, la bondad y la amistad, la fidelidad y la gratitud, que incluyen el riesgo de la vulnerabilidad, se consideran un signo de debilidad y una opción inútil. Se ignora a quien no es capaz de un rendimiento que merezca el reconocimiento público. Quien no obtiene éxito social es marginado como un derrotado. Por otro lado, el triunfador está obligado a ratificar su éxito de nuevo, lo cual lo somete a una enorme presión. Todo ello genera un ambiente de miedo, que se intenta “dominar”, mediante la agresión, la represión y la autodestrucción.

La forma cristiana de vivir consiste en permanecer cerca de aquellos que “no tienen a nadie” —el paralítico de la piscina (Jn 5,7)— y de aquellos que no comparten la propia convicción. La cercanía permite la praxis comunicativa del amor incondicional. Quien segrega o discrimina se enfrenta con la pregunta de Jesús: “¿qué premio merecen? ¿No hacen eso mismo también los recaudadores?” (Mt 5,47). La segregación y la discriminación de ninguna manera pueden expresar la independencia personal. Al contrario, constituyen un *anti-testimonio*. Así, la mutua discriminación, practicada por las iglesias cristianas, en la misión clásica, a menudo desautorizó el mensaje del evangelio. La competencia grotesca de esas misiones es vergonzosa, porque difundía el mensaje evangélico como si se tratara de conquistar mercados lucrativos¹⁷. El movimiento ecuménico, en un contexto más amplio e inspirado en el evangelio, puso fin a esa situación lamentable, al reconocer la alteridad de las iglesias.

En “la sociedad competitiva”, la comunidad cristiana que vive su fe y da testimonio de ella puede constituir una alternativa para el comportamiento mundano¹⁸. El “sí” incondicional de Dios exige también un “no” muy concreto,

16. T. Hobbes, *Naturrecht und allgemeines Staatsrecht in den Anfangsgründen*, pp. 76 y s. (Darmstadt, 1976).

17. D. Sölle, *Die Wahrheit ist konkret*, p. 30 (Olten, 1967).

18. J. M. Velasco, *Increencia y evangelización. Del diálogo al testimonio*, pp. 147-163 (Santander, 1988); H. Schalück, “Lernbereitschaft in Bescheidenheit”, *Herder Korrespondenz*, 60 (2006), 123-127, 124. “Una Iglesia misionera se caracteriza[...]

tanto en el interior de la comunidad cristiana —por ejemplo, la conducta fraterna en contraposición al autoritarismo, “No será así entre ustedes” (Mt 20,26)— como fuera de ella, puesto que la fe debe convertirse en una fuerza de resistencia en un mundo que amenaza y, de hecho, destruye la vida. Esto acontece cuando la comunidad pone su vida de fe al servicio de los pobres,

independientemente de la raza, del género, de la religión y de la nación. En el centro de nuestra entrega se encuentran los excluidos por los círculos sociales y económicos, donde solo aparecen como “superfluos”. Aquellos que los ayudan a ponerse de pie, no lo hacen por “interés propio”, porque aquí no hay nada de que apropiarse, ni por intereses religiosos superficiales. Aquí el único valor son las personas en sí mismas¹⁹.

De esa manera, la reforma de las estructuras eclesíásticas y el cambio del comportamiento personal, conversión, son inevitables. De ello depende la credibilidad de la Iglesia. Los cristianos deben dar testimonio tanto en el anuncio como en sus acciones. Así lo expresa con claridad el papa Francisco en sus gestos y, sobre todo, en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Las reformas y la conversión serán creíbles cuando los testigos no puedan atribuírselas a sí mismos, sino solo a la gracia, recibida por la comunidad, en cuanto discipulado. Un indicador determinante de la credibilidad es la solidaridad con los pobres y los “excluidos”, “los sobrantes” y “los descartables”²⁰. Si además la Iglesia desea ser “intelectualmente habitable” (F. von Hügel), no solamente debe cultivar la verdad, y perseverar en ella, sin dogmatismo, sino que, además, debe fomentar sinceramente su búsqueda ahí donde pueda encontrarse, pues “La luz verdadera, la que alumbra a todo hombre, estaba llegando al mundo” (Jn 1,9). Ahora bien, qué puede significar esto para nosotros y para nuestra vida cotidiana.

6. La vida misionera

Es fundamental dejarse interpelar y conmover por la persona de Jesús como *el Evangelio* y permitirle decirnos que *somos deseados*. Ahora bien, esto es insuficiente, porque también es necesario dejarse conformar por el evangelio. Además de dejarnos tocar por él, es indispensable dejarse conformar por él. La única gramática que puede articular el evangelio de modo cristiano como buena noticia es la de la misericordia. No se trata solo de su contenido como buena

por una comunicación distinta a la de la sociedad secular, ya sea personal o institucional. Praxis asociativa, participación, colegialidad, desmantelamiento del clericalismo, respeto a la igualdad de género no son concesiones cualquiera, sino testimonio misionero de un Dios que, él mismo, en su esencia es comunicación y amor”.

19. Die deutschen Bischöfe, *Gerechter Friede*, 27 de septiembre de 2000, Bonn, 2000, 96 (N° 173).

20. Así, la fuerte terminología de Aparecida (N° 65), o. c.

noticia, sino, sobre todo, de que quiere alcanzarnos con su *bondad* y su *misericordia*. Solo cuando ellas nos alcanzan, somos capaces de comprometernos con el evangelio y de convertirnos. El “sí” incondicional de Dios a la humanidad no es un “sí” barato y sin consecuencias, porque transforma la conducta y las condiciones de vida de los seres humanos. En ese “sí” de Dios se encuentra la fuerza para la conversión. Pero el cambio no es condición previa, sino consecuencia del encuentro con el Dios de Jesús. Por eso, primero nos llama a la conversión y a la penitencia, y después, nos invita a volvernos hacia Dios.

No obstante, muchas veces, el evangelio no nos llega como buena noticia, sino como una exigencia, como un deber permanente —debes, tienes que, hazlo y luego... Sin embargo, el evangelio no ofrece ningún principio ético y, en ese sentido, no impone exigencias. Sino que nos ofrece *un principio ético de gratitud*: somos aceptados, aunque cometamos errores. Por esa razón, también podemos aceptar a los otros con sus debilidades y sus aristas. Hemos sido perdonados desde hace tiempo —aproximadamente, 77 veces (Mt 18,22). Por eso mismo, nosotros también podemos perdonar a los otros. Vivimos de la complacencia de los otros y, por lo tanto, los sentimos. Vivenciar la misericordia de Dios significa volvernos misericordiosos.

Esto es lo que hace que el evangelio sea *buena* noticia. Solo si lo experimentamos en nosotros mismos, seremos capaces de cambiar. Solo si nos aceptamos tal como somos, podemos tratar de mejorar. El evangelio es, así, una buena noticia para la *vida*. “Yo he venido para que vivan y estén llenos de vida” (Jn 10,10). Así, pues, el evangelio tiene como finalidad que los seres humanos podamos realmente vivir, lo cual implica cambiar. De ahí que signifique proporcionar los medios necesarios para vivir a quienes no disponen de ellos, apoyar y guiar a quienes vagan por el mundo desorientados, animar al desanimado con una palabra de consuelo, despertar a quien está dormido y animarlo a ponerse en camino, tomar del brazo al niño cuyo mundo se ha derrumbado, escuchar con atención y paciencia a quien necesita desahogarse, dar más de lo esperado sin esperar ser recompensado. Todas estas acciones forman parte de la misión, la cual tiene diferentes dimensiones.

Quien se deja llevar totalmente por el Dios de Jesús y vive con la mirada atenta a la realidad circundante, en bondad y misericordia, está abierto a los demás. De esa manera, será buena noticia para todos aquellos que lo encuentren. Uno se siente bien al lado de estas personas, porque es *aceptado*. No tiene que *dar* nada. El evangelio solo puede ser una *buena* noticia, si es transmitido como tal a una persona concreta. Aquello bueno para uno no lo es para otro. Lo que consuela a uno puede ser percibido como “una espina” por otro. La madre soltera, que debe luchar por la supervivencia de sus niños y de ella misma, oirá el evangelio de manera diferente a un gerente que lucha por alcanzar el éxito profesional. El enfermo terminal escuchará el evangelio de manera diversa a una

mujer acomodada, que trata de compensar su déficit vital con el consumo. Los jóvenes, que forcejean con su propia identidad y las promesas de la vida, entenderán el evangelio de manera distinta a las personas mayores, que miran hacia atrás satisfechas o resignadas y que se preguntan si eso ha sido todo.

El centro del evangelio es el “sí” incondicional de Dios a toda la humanidad y también el “no” a las acciones de los seres humanos que causan sufrimiento a los demás. Sin embargo, la *buena* noticia se hace evangelio solo cuando es anunciada como noticia, es decir, cuando aviva la esperanza en un mundo nuevo. Quien encuentra algo de este evangelio, reacciona con agradecimiento por ese regalo. Es un agradecimiento que, a la larga, no puede permanecer en silencio. De ahí que sea esencial a la fe cristiana que ese agradecimiento por la realidad experimentada se condense y se exprese en oración. En el centro de nuestra fe, está el hecho de que Dios nos ha amado primero. La respuesta a ese amor, que es amor a nuestros hermanos, vive y se fortalece porque somos amados por Dios. Es así como toda *hybris* humana está prohibida: la superioridad moral sobre los demás y el culto personal, incluso en el mundo religioso.

En síntesis, y tal como lo expresa J. Sobrino, la misión exige promover el espíritu de comunidad, en contraposición al individualismo aislacionista, que con facilidad degenera en egoísmo; la celebración, en contraposición a la pura diversión irresponsable, industrializable y comercializable, que degenera en alienación; la apertura al otro, en contraposición al etnocentrismo cruel, que degenera en desentendimiento del sufrimiento de los otros, en desprecio y en opresión; la creatividad, en contraposición al mimetismo indolente y la imitación servil, que con facilidad degeneran en pérdida de la propia identidad; el compromiso, en contraposición a la simple tolerancia, que degenera en indiferencia; el espíritu de justicia, en contraposición a la pura beneficencia, que encubre y palia la tragedia del mundo; la solidaridad, en contraposición al independentismo del que no necesita a nadie, aunque termine en la soledad; el espíritu de verdad, en contraposición a la propaganda y la mentira, de las cuales, tarde o temprano, se venga la realidad; la memoria y el recuerdo, en contraposición al olvido, que degenera en impunidad para los malhechores y en ingratitud hacia las víctimas; la fe, en contraposición al positivismo y al pragmatismo burdo, que degeneran en sinsentido de la vida; y la Iglesia de los pobres, en contraposición a una Iglesia falsamente universal, que apoya al poderoso²¹.

21. J. Sobrino, “Reflexiones sobre la evangelización en la actualidad”, *Revista Latinoamericana de Teología*, 39 (1996), 281-305, 298.